

# Bajo oscuridad, en prisiones eternas.

Segunda parte.



## Segunda parte.

### La esperanza del perdón.

---

Vatnaborg, región de Fornheim.

Año 843 de la Cuarta Era, según el calendario de los Cátharos.

Tres días después de los últimos eventos.

Nadie sabe con certeza cuántas personas habitan la ciudad de Vatnaborg. ¿Miles? ¿Millones? Lo cierto es que grandes contingentes entran y salen todos los días por rutas terrestres y marítimas. Su población cambia constantemente. Esto hace de Vatnaborg un lugar ideal para esconderse, particularmente si se está en malos términos con las autoridades. La ciudad está repleta de bodegas, sótanos, túneles y todo tipo de recovecos, algunos específicamente diseñados para evadir captores.

Pero Erdann no es cualquier rastreador. Él es un ranger. Sus sentidos son más agudos que el hocico de un *Basset Hound* de pelo corto. Los rangers son ávidos cazadores, que pueden seguir un rastro incluso luego de quince días o escuchar el aleteo de un picaflor al otro lado del bosque.

En esta oportunidad, le tomó tres noches localizar el olor a licor de anís y sudor acumulado que emanaba su presa, Remus Trelawny. El Sr. Trelawny es conocido en los barrios bajos de Fornheim como un embustero, timador, jugador compulsivo, mentiroso y obcecado por el poder. El tipo de persona que se uniría a la tripulación de Charlie Quinn.

En efecto, Remus Trelawny ocupaba el honorable puesto de Primer Oficial en el navío FP Oldehax, vulgarmente conocido como *La Vieja Olga*. Durante gran parte del pasado invierno acompañó al Capitán Quinn en sus diversas aventuras por todo el mapa. Cruzó mares congelados, se adentró en ruinas ancestrales. Ayudó a Charlie a combatir arañas venenosas, lagartos con aliento de fuego, espíritus corruptos y simios de cuatro brazos.

Remus sentía admiración por Charlie, aunque también le guardaba un gran recelo. El hobbit tenía todo lo que él quería. Destreza, carisma, buena fortuna... Incluso con las cicatrices en su rostro, las mujeres se volvían locas por él. Lo tenía todo. El único problema que tenía Charlie era su obsesión. Se pasaba las noches escondido en su camarote, leyendo su anotador y trazando sus próximos objetivos. Eso lo terminó consumiendo. Nada le importaba, excepto su plan. Eso fue lo que lo llevó a la ruina.

Charlie le prometió grandes fortunas a su tripulación. "Tanto oro que no sabrían dónde guardarlo", les decía. Las expectativas de estos hombres estaban por las nubes, hasta

que comenzaron a darse cuenta de las mentiras. Ponían su vida en riesgo, ¿para qué? Todo lo que encontraban eran algunas monedas viejas y algún artefacto extraño. Nada que tuviera demasiado valor.

El límite llegó luego de la expedición de Akratos. Las playas blancas y el agua celeste no podían esconder el descontento de los marinos. Los rumores de un inminente motín eran cada vez más frecuentes. Sin embargo, aún se mantenían fieles a su capitán. Siguieron sus órdenes, entraron en las ruinas de Naxos y lucharon contra la tribu de centauros que habitaban la zona. Siete hombres murieron ese día. No pudieron obtener más que doce monedas de plata y una botella de vino avinagrado. Pero Charlie pudo encontrar su extraño artefacto, y eso era lo único que le importaba. Esto volvió locos a sus hombres. Trelawny fue el primero en increparlo. Pateó la puerta del camarote y sacó a Charlie a la fuerza.

Le robaron todo lo que tenía: su navío, su armadura, incluso sus dagas. Luego, navegaron hasta una diminuta isla desierta, alejada de todo lo conocido por el hombre, y lo dejaron ahí. Solo y sin lugar adonde ir, la suerte de Charlie Quinn parecía haberse terminado. Antes de abandonarlo, Remus lo miró a los ojos y con una sonrisa macabra le entregó una botella de arsénico. *"Cómo vía de escape"*, dijo alegremente.

Meses después, capitán y primer oficial estaban frente a frente otra vez. Erdann sentía la tensión del ambiente. El rostro de Trelawny parecía congelado, cómo si hubiera visto un fantasma por primera vez.

*"Ya tengo suficientes problemas como para que andes echándome la culpa de tus travesuras, Remus."*

"N-n n-no p-pue", exclamó Trelawny sin poder terminar su frase. *¿Ch-Charlie? ¿Cómo?*" Las palabras difícilmente salían de su boca.

Se estaba haciendo de noche y la única fuente de luz era una pequeña lámpara de aceite sobre una mesa en el centro. Charlie se acercó lentamente a una esquina de la habitación, mientras miraba a su traidor a los ojos. Se inclinó hacia un perchero y tomó su viejo bastón. El elfo seguía observando desde la puerta.

*"No solo tuve que cruzar tres continentes para llegar aquí,"* dijo Charlie mientras golpeaba su bastón con la palma de una mano, *sino que cuando amarré en Vatnaborg hace menos de una semana, vengo a enterarme de que estuviste usando mi nombre para cargarte a los muchachos de La Vieja Olga".*

*"N-no sé de qué es-stás hablando, a-amigo. ¡Me alegra mucho que estés vivo!"*.

El hobbit se mantenía rígido con su misma postura desafiante.

"¡TE JURO QUE YO NO HICE NADA, CHARLIE! ¡TIENES QUE CREERME!"

"¿Por qué los estás matando, Remus? Qué quieres sacar de todo esto?"

Trelawny portaba la armadura que Charlie había encontrado en las ruinas de Theran, tiempo atrás. El emblema de la Orden de las Urracas figuraba estoico en su pecho.

"Sabemos que hace meses estás asesinando a tus tripulantes y tratando de que parezca que Charlie fue el culpable", dijo Erdann impaciente.

"Les j-juro que-". La frase de Trelawny fue interrumpida cuando Charlie lo golpeó con su bastón en la mandíbula. Erdann notaba cómo la tensión iba escalando. El hobbit se acercó a su enemigo y lo tomó del pelo, mientras éste escupía sangre. Susurrando a su oído, le dijo "¿Ahora sí me crees, n'est-ce pas? ¿Ya no parezco tan desquiciado? Dime la verdad, Remus. Descubriste la historia de las Urracas y ahora quieres eliminar a los testigos para quedarte con todo el tesoro. Déjame decirte algo, mí primer oficial: NO SABES NADA."

Las manos de Charlie se acercaron al cuello de Trelawny. "La Orden de las Urracas murió cuando ustedes mismos tiraron el cuaderno de Grimm por la borda. Ahora nadie podrá saber el paradero de la última pieza del mapa. ¿Entiendes eso? Por tu culpa, perdimos la oportunidad de gobernar todo el mundo, Remus."

Trelawny lloraba. No entendía la situación. "¿C-cómo puede ser? ¡Te dejamos morir en esa isla! Se suponía que no regresarías más..."

"Regresé del infierno, es verdad. Y para serte sincero, la muerte puede darle claridad a la mente."

Los dedos empezaron a tensarse, apretando con fuerza el cuello de Trelawny. El ruido de las arcadas era lo único que podía escucharse, ocasionalmente interrumpido por pisotones desesperados en el suelo de madera. Su lengua se contorsionaba hacia afuera y los capilares de sus ojos empezaron a tomar relieve y color a sangre.

Erdann posó su mano sobre el hombro de Charlie. "Suficiente", dijo con firmeza. El hobbit ignoró la advertencia.

"He dicho que es suficiente".

Charlie miró a su amigo por el hombro. Sus falanges se relajaron y Trelawny tomó una desesperada bocanada de aire. "Tienes suerte que me acompaña mi amigo el santurrón", dijo el hobbit sonriendo. "Deja todo lo que me robaste y no regreses jamás." El hombre soltó lo que llevaba encima y salió corriendo por la puerta.

Charlie contempló por unos instantes a la armadura tirada en el piso. Le fue imposible ignorar los recuerdos de todo lo que atravesó para llegar a este momento. Un nuevo comienzo en su historia. Una segunda oportunidad, luego de creer que todo estaba



perdido. *"Ulfgar nos espera en la Puerta del Norte"*, dijo Erdann sin perder un segundo. *"Recoge lo que necesites y sigamos"*.

La noche estaba cayendo cuando Charlie terminó de empacar. Salieron a la calle y comenzaron a caminar hacia el punto de encuentro, según lo acordado con el guerrero. *"Cuéntame un poco más sobre este tal Azhier y sus objetos siniestros"*, dijo Charlie aparentando estar aburrido.

*"No lo sé. Sinceramente siento que todo esto nos supera"*, contestó Erdann. *"Me pregunto si no existe alguien más calificado en todo Fornheim para llevar a cabo esta misión"*.

*"No digas eso. Por algo te llamaron, amigo. Debes empezar a valorarte un poco más"*.

Erdann lo miró con dudas, esperando una broma de remate.

*"¡Lo digo en serio! Mira todo lo que conseguiste en este último tiempo. Tu espada ahora hace trucos raros con las sombras, ¿no? Eso tiene que valer de algo"*.

El elfo dejó de caminar, sonriendo. Charlie se quedó parado en medio de la calle, y extendió los brazos. *"¿Qué? ¿Qué dije ahora?"*

*"Nada"*, dijo Erdann sonriéndole. *"No te tenía como un tipo sentimental"*.

*"Pasaron muchas cosas desde Theran, amigo"*. Los dos se quedaron en silencio, mientras caminaban por una calle iluminada por lámparas. La noche había tomado el cielo por completo. El clima era agradable, fresco. Esto alentó a Charlie a sacar su pipa y comenzar a fumar. A medida que se acercaban a los límites de la ciudad, divisaron la enorme Puerta del Norte. Los guardias formaban en filas de tres. Los mercaderes hacían colas para pagar sus impuestos antes de salir. Detrás, solamente se veía la muralla de piedra maciza. El color gris oscuro y la textura irregular hacían que pareciera parte de la misma montaña. Sobre las grandes puertas, yacía una inscripción en el idioma imperial: *"DOMUM OMNIA QUAE EST"*. En un costado, se veía al enano acariciando dos caballos de tiros que estaban amarrados a un enorme carruaje.

*"Tenemos un problema"*, dijo Ulfgar con preocupación. *"No pude encontrar a ningún cochero"*.

*"¡No puede ser! ¿Preguntaste en todos lados?"*, contestó Erdann. *"¡Estamos en la ciudad más grande de todo el norte y no podemos encontrar a alguien que conduzca nuestro carruaje!"*.

*"¿Qué esperabas? ¡Nadie en su sano juicio querría conducir al norte, donde las tierras están ocupadas por orcos y goblins!"*

Mientras sus compañeros discutían, Charlie observaba con atención el vehículo. El hobbit había escuchado a sus nuevos compañeros sobre "el pasatiempos en el que trabajaron estos meses". Sin embargo, no los creía capaces de realizar tal obra maestra. Aparentemente, tanto Ulfgar como Charlie usaron su tiempo de estadía en la Casa Volgar para poner a prueba sus habilidades con la herrería y la carpintería. Así construyeron un increíble coche: Madera de abeto, refuerzos de acero. Ligero pero resistente. Techo abombado. Compartimentos y cajones por doquier. Definitivamente no era hermoso, pero sí funcional. Toda una máquina de guerra.

Hensen, la cabra, estaba amarrada al lado derecho del carruaje. Al ver a Charlie de cerca, emitió un balido muy agudo y el ladrón retrocedió en posición de alerta.

"No podemos entrar a Tiveden con el carro, Ulfgar", dijo el elfo preocupado. "Tampoco dejarlo en medio de la ruta. ¡Nos robarían todo!"

Charlie se tomó del pelo, sonrió y dijo: "*¿Viajes en carruaje? ¿Una cabra? Lo único que falta es la horrible música, el vodka y estaría en condiciones de decir que estoy rodeado de Vistanis*".

La conversación entre el elfo y el enano se interrumpió. Ambos dirigieron lentamente sus miradas ante Charlie. "*¿Ahora qué dije?*", indagó el hobbit.